España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 27 de Mayo de 1944 | Núm. 17

TITULOS DE HONOR

LOS GUERRILLEROS ESPAÑOLES

El cínico Gil Robles, alentador y anunciador de la sublevación militar de 1936, confirma en su carta al general Asensio, ministro de la Guerra en el gobierno de Franco, una realidad que para los republicanos españoles constituye el más alto título de orgullo. El pueblo español está, en efecto, agarrotado, pero no se ha declarado vencido. Vive en estado de rebeldía no ya latente o meramente pasiva, sino activa y creciente, sin que para dar fe de ello sea menester acudir a invenciones grotescas de Juntas o Comités cuya existencia, de ser cierta, representaría la negación del terror gubernamental franquista. Son otros los testimonios en que nos apoyamos para saber hasta qué punto el espíritu de rebeldía se mantiene indómito en la España doliente y atenazada. De cuando en cuando llega hasta las tierras de América, en viaje clandestino, el mensaje de los guerrilleros, dueños de las serranías hasta las cuales no se aventura la prudencia de los verdugos falangistas ni el arrojo de la guardia civil. Son ellos los que descienden al llano, entran en las aldeas y alguna vez hacen justicia en la cabeza de los culpables cogidos de sorpresa. Cuando se escriba un día la crónica de las hazañas de los guerrilleros no habrá novela de aventuras ni romance heroico que puedan igualarla. Ella será el testimonio mejor de la grandeza de nuestra lucha. Y en su lectura aprenderán las generaciones jóvenes a ser indomables ante la adversidad e implacables contra la tiranía.

Mueven este comentario noticias recientes que reseñan las actividades de los guerrilleros, y las proporciona quien ha tenido ocasión de comprobar directamente la impotencia de los perseguidores lanzados contra ellos. Allá en Asturias, por ejemplo, la presencia invisible de los guerrilleros forma parte del vivir común y, en cierto modo, lo preside. La hosca silueta de los guardias civiles —más temerosos que atemorizantes— no puede impedir que los guerrilleros sean, cuando lo quieren, dueños de los caminos. Más que vigilantes son vigilados. Las palabras con que el general Aranda, antes de su traición de 1936, aseguraba que ninguna fuerza represiva sería capaz de dominar totalmente a los mineros en rebeldía, tienen ahora sabor profético. Ni la matanzas, ni el tormento, ni las privaciones bastan a imponer obediencia. Cuando los guerrilleros —que no están sólo en Asturias— descienden de la montaña es para presentar batalla, no para someterse. Verdad es que en su favor trabaja un ejército silencioso y anónimo compuesto de millones de hombres, mujeres y niños que son sus auxiliares. Sólo así podría tener realidad una gesta semejante, incomprensible para quien no conozca el temperamento español y la bestial crueldad del régimen falangista. La mujer enlutada que sale de la iglesia, el rapaz que abandona la escuela, el viejo que cuida del hato; cualquiera, y en cualquier parte, pueden ser y son proveedores, informadores y correos de los guerrilleros. Contra esa conjura callada, espesa y espontánea, en la que revive el temple moral de los guerrilleros liberales de la Independencia, nada vale el aparato represivo de Franco. Puede, sí, y lo hace sin descanso, ejecutar sentencias de muerte. Lo que no puede es impedir que el puesto vacío lo cubra, todavía caliente, un nuevo soldado civil de la República.

> "Ni la fuerza pública, ni las más graves sanciones, son capaces de dominar un estado de subversión moral alimentado por el odio y nutrido por fundadas esperanzas de revancha." —De la carta dirigida por Gil Robles al general Asensio.

A la gesta de los guerrilleros les va bien el verso de Calderón: "Muerta la vida, vino a ser la muerte la muerta". Viven de arrostrar la muerte y conquistan —lo que vale más que la vida misma— el derecho y la gloria de vivir libres. Magnífica y ejemplar, la bravura de los guerrilleros simboliza todo lo que de humano, vital y eterno hay en el alma del pueblo español, y es la que acredita dentro de España que la República está en pie. Sangrante y ultrajada, pero en pie. Hagan memoria de ello quienes andan urdiendo sórdidas maquinaciones para dar parto a una restauración monárquica enteca y repudiada por la casi totalidad de los españoles. Cuando un régimen es capaz de inspirar alientos como el que demuestran los guerrilleros, después de una lucha civil sin par por su violencia, ese régimen podrá ser transitoriamente arrumbado, pero no proscrito ni arrancado de la conciencia popular. Y estando en ella estará también, antes o después, restablecido en la legalidad y en el poder. Una cosa quisiéramos: que la conducta de los guerrilleros, dentro de España, tuviera equivalencia en la de cuantos estamos fuera, menos llamados a correr peligros, ciertamente, pero más obligados, por eso mismo, a ser celosos de nuestro comportamiento. El consejo vale, especialmente, para aquellos que creen llenar sus deberes en la emigración promoviendo disputas en torno de minúsculas pasiones o haciendo de sus intereses particulares el ombligo del mundo.

Packer en el New York *Mirror*.

EN LONDRES

Acto de Confraternidad Republicana

Organizado por Acción Republicana Española se celebró un acto de afirmación republicana para conmemorar la fecha histórica del 14 de Abril. Al acto, que consistió en un té, acudieron, especialmente invitadas, representaciones del Casal Catalá, Peña Valenciana, P. S. O. E. (Agrupación de Londres), C. N. T., Grupo sindical español independiente y Sociedad de ex combatientes republicanos. También estuvieron presentes, a título personal, el Sr. Ministro de Negocios de la República de Panamá y el Exemo. Sr. Embajador de la República Mexicana. La Junta Española de Liberación estuvo representada por su delegado en Gran Bretaña, Sr. Araquistain.

El acto, que duró desde las cuatro hasta las siete de la tarde, transcurrió dentro de un ambiente de camaradería y cordialidad extraordinarias. Al final del mismo, el presidente de A. R. E., Sr. Alvarez Buylla, dirigió unas palabras de saludo a los asistentes, llenas de fervor republicano y democrático, haciendo resaltar que, por primera vez después de constituída la Junta Española de Liberación, se reúnen en común los republicanos y demócratas españoles para afirmar su lealtad a la República y su firme deseo de reconquistarla. Hoy, dijo, cuando se habla de la constitución de organismos que patrocinan y buscan la unión con los enemigos de la República, nosotros, los republicanos y demócratas españoles, haciendo honor a nuestra historia y convicciones de siempre, enarbolamos más alta que nunca la bandera republicana. Afirmó que la constitución de la Junta Española de Liberación, a la cual Acción Republicana Española se adhirió en su día, es el primer paso serio para la liberación de España y la restauración de la República.

A continuación el Sr. Parla, Ministro de Negocios de Panamá, se levantó, entre una salva de aplausos, para saludar en los reunidos a la auténtica expresión de la democracia española. Con frases sencillas, pero rebosantes de emoción, puso de manifiesto la comunidad espiritual de los pueblos americanos de habla española y la madre Patria, y terminó haciendo votos por la pronta reconquista de la República Española, para lo cual, dice, los pueblos libres de la América latina deben aportar su concurso. Al terminar sus breves palabras el Sr. Parla fué calurosamente aplaudido.

Y entre promesas optimistas sobre el futuro de la Patria liberada terminó el acto en medio del gran entusiasmo de sus concurrentes.—Corresponsal.

Con motivo del 14 de Abril, fecha memorable de la proclamación de la II República Española, la Sección Española de la Comisión Internacional de Ayuda a los Refugiados de Guerra, organizó un sencillo acto de homenaje a la República Española.

En la página 8:

La Junta Española de Liberación a la opinión internacional

Manifiesto comentando el último discurso parlamentario de Mr. Winston Churchill

EXALTACION DE LA REPUBLICA

ACTOS DE HOMENAJE EN SANTO DOMINGO

El día 14 de abril los republicanos españoles, con residencia en Ciudad Trujillo, celebraron una serie de actos con los que se ponía de manifiesto su inquebrantable fe en la República Española

Era obligado dedicar el primer lugar en dichos actos a testimoniar simpatía, cariño y reconocimiento al país que en días amargos nos abriera sus puertas fraternales. A tal efecto, poco después del mediodía, se reunió un grupo muy nutrido de compatriotas ante el BALUARTE 27 DE FEBRERO. En respetuosa comitiva se acercaron a la tumba de los padres de la Patria y por intermedio de las candorosas manos de la niña Afriquita de Miguel, depositaron en ella las inmaculadas flores con que la República Española hacía patente su homenaje de admiración y respeto a los fundadores de la República Dominicana.

VISITA AL CEMENTERIO INDEPENDENCIA

Pocos minutos después los refugiados españoles se trasladaron al Cementerio Independencia, haciendo ofrecimiento de unos ramos de flores ante algunas tumbas que guardan los restos de compatriotas fallecidos en Ciudad Trujillo durante el exilio. Ante la imposibilidad de hacerlo en todas ellas —ya son bastantes los que han terminado aquí sus días— —se hizo de manera simbólica en dos o tres para enviar con la sencillez y respeto del caso nuestro recuerdo imperecedero a todos los que reposan en dicho Cementerio. El silencio, como dijo el representante de la Junta Española de Liberación, Sr. Supervía, era lo más adecuado. Con un respetuoso silencio, sin palabras de nadie —que nadie sabría interpretar la emoción que nos embargaba— se verificó este sencillo, pero cálido homenaje a la memoria de nuestros muertos.

ENTREGA DE LA FUENTE PRO CENTENARIO

Por la tarde se realizó la entrega oficial de la fuente que los refugiados españoles ofrecieron a la República Dominicana en ocasión del centenario de su gloriosa independencia.

Se decidió su instalación, como se sabe, en el arranque de la Avenida Mella, envuelta en el evocador ambiente de las ruinas del fuerte de Santa Bárbara.

Pronunció sentidas palabras de compenetración dominico-hispana el Dr. Bernaldo de Quirós, al hacer entrega de dicho símbolo de nuestra amistad al pueblo dominicano. Fué contestado por el Lic. P. A. Gómez, en representación del Consejo Administrativo del Distrito, quien acertadamente expresó cómo estiman los dominicanos este rasgo de los representantes en el país, de la República Española.

REUNION EN EL HOTEL FRANCES

Se cerró la histórica jornada del 14 de abril con una cena que —como los actos anteriores— organizó el representante de la Junta Española de Liberación, don Rafael Supervía, con el acuerdo y colaboración de los republicanos y socialistas residentes en el país, integrantes, como es sabido, de dicho organismo.

Presidían el salón del Hotel Francés, en el que se celebró la cena, la bandera de la República Española, con la de la República Dominicana a su derecha.

Ante la imposibilidad de hacer una reseña detallada nos limitamos a destacar lo más significativo para nosotros. A pesar de haberse ausentado gran número de republicanos del país en los últimos meses, la concurrencia fué extraordinaria: 120 personas, asistieron y el ambiente de cordialidad y entusiasmo que se manifestaba en todo momento son prueba del creciente ánimo con que los republicanos españoles se aprestan a agotar, con responsabilidad solemne, la última etapa del exilio y reinstaurar la República en la patria querida.

Al final del acto, el Sr. Supervía pronunció adecuadas palabras, cuyo extracto publicamos a continuación.

DISCURSO DE DON RAFAEL SUPERVIA

Empezó saludando en nombre de la Junta de Liberación al Pleno del Comité de la Unión Latina por la Democracia y la Libertad que honró con su significativa presencia la celebración. A la representación de los Partidos Políticos y Sindicales que tan eficazmente contribuyeron a la brillantez del acto, así como a la Prensa dominicana y, finalmente, a los asistentes con estas palabras: ''a esa doble muralla de corazones que circunda esta mesa y entre la que voy a tratar de hacer que se deslice no un discurso, sino un sentimiento''.

''Décimotercer aniversario de la proclamación de la República Española; sexto de su peregrinación por el mundo y primero en el que la Junta de Liberación establece material contacto con la democracia española para conmemorar y reflexionar acerca de la significación de aquella fecha y de estos ciclos''.

Consideró extremadamente difícil la expresión en términos genéricos de la significación del 14 de abril, por estar la fecha tan vinculada a circunstancias políticas y personales tan de cada uno... y sobre todo porque, contrariamente a lo que ha venido afirmándose, no fué el del nacimiento por generación espontánea de la República. Para que esto fuera cierto habría que arrancar muchas hojas de nuestra Historia escrita; borrar muchos nombres en los registros internacionales de entrada de desterrados políticos; olvidar figuras gloriosas y enseñanzas magistrales, como las de Salmerón, Pi y Margall, Figueras, Marcelino Domingo y tantos otros. Habría que olvidar la existencia de una poderosa organización socialista filtrada en el tamiz de nuestras peculiaridades por Pablo Iglesias; y sindicatos profundamente arraigados en la conciencia obrera. Afirmó que no es posible enjuiciar con criterio unilateral el 14 de abril por haber sido una fecha de clausura y de iniciación. Destacó la existencia de una tercera significación de ese día: la de los vítores, banderas, abrazos y desfiles interminables que dieron lugar al nacimiento de esa frase que aún rueda, ''la del espíritu del 14 de abril'' El 14 de abril, dijo, no fué un día de fiesta para los republicanos ''fué el primer día laborable del pueblo español en su función de gobernar''. Rechazó la afirmación de que la República había fracasado, con estas palabras: ''Fracaso de la República española ¿por qué? ¿Porque fué vencida? Decir que la República fracasó cuando es lo cierto que fué asesinada por alucinados sicarios nacionales al servicio del totalitarismo, es como si dijéramos que Cristo fracasó porque fué crucificado''.

Estudió luego la significación de la Junta de Liberación diciendo que es la unión de todas las fuerzas organizadas que en los años anteriores a 1931 y a lo largo de su dilatada historia de oposición a la monarquía, supieron establecer en España un clima propicio a la explosión de los sentimientos que en las jornadas de abril presidieron un resurgimiento democrático y un verdadero comienzo de integración nacional; glosando el manifiesto de dicha Junta.

Censuró al hombre sensacionalista, ''al hombre del caos'', al que ante los ciertamente graves problemas que el mundo tiene ante sí, cree que la tierra va a subvertir todos sus valores, que va a integrarse nuevamente en una inmensa nebulosa de la que no sabemos qué es lo que va a salir... pero se cruza de brazos. No quiero reñir una batalla por la conquista anticipada del porvenir, dijo, pero para fortalecer nuestro espíritu bueno será que no lo desorbitemos pensando en truculencias. ''Yo creo, con la Junta Española de Liberación, que es en las propias fuentes de nuestra intimidad donde se encuentran las soluciones''. ''España; esa es la fuente inagotable de inspiración, el depósito inextinguible de posibilidades''. Cuando se dice que todo está fracasado es cuando emociona leer los libros de Ganivet y de Costa y comprobar que aun no hemos pasado de lo elemental, de que, sin recurrir a más, ahí en esos pensamientos del primero y en esas soluciones prácticas del segundo, hay motivos bastantes para que no tengamos necesidad por ahora y tal vez nunca de salir de nuestra propia tipicidad. ''Un pueblo como el español, fundador de instituciones universales, una nación que dió vida para la civilización a gran parte de la tierra, no puede incidir en el mimetismo de lanzarse a transplantar burdamente sistemas de otros pueblos con desprecio del genio creador que ha sido siempre y de sus propias peculiaridades.''

En la última parte de su discurso dijo: ''Habréis observado que a esta altura de mi discurso no he pronunciado aún una sola palabra alusiva al régimen que sigue padeciendo nuestra patria con estoicismo vigilante. Y es que creo sinceramente que está fuera de lugar y casi fuera de tiempo. Yo no puedo proceder sin ofenderos a iniciar un desfile verbal de términos agresivos contra aquella tiranía porque nuestra propia actuación individual allá es el concepto que cada uno formó de Franco, de sus más o menos fieles servidores y de su cortejo de secuaces; y nuestra dignidad en el exilio, como nuestra presencia aquí, son la confirmación de nuestro convencimiento. Si, por otra parte, mi palabra pudiera merecer los honores de la trascendencia fuera del círculo ampliamente familiar de la emigración republicana, no podría llevar al examen crítico de quien me leyera u oyese argumentos mejores que los que la realidad le ha ofrecido durante más de cuatro años. Si a estas alturas el mundo liberal no supiera aún lo que significamos los republicanos españoles y lo que nuestros enemigos en España y enemigos de España significan, no merecería ni el esfuerzo de mis palabras, con ser tan limitada su resonancia. Pero lo sabe; muchas veces tenemos sobradas razones para dudar de ello por su actuación frente a nosotros, pero lo cierto es que lo sabe y que tal vez pronto empecemos a tener pruebas de ello. Quizá el inconmovible ejemplo de México, país capital del único imperio que la España liberal aspira a mantener, el de su inextinguible espíritu, cunda y se extienda. Puede que la magnífica reacción del Uruguay en nuestro favor sea el primer paso para que veamos los españoles republicanos cristalizada en consideraciones públicas y de puerta abierta, el afecto indiscutible, pero íntimo y cerrado que entre todos hemos sabido conquistar en los pueblos que como éste nos abrieron generosamente los brazos, y aun de los que cerraron herméticamente sus accesos al paso de nuestra penosa procesión tras la imagen de la Justicia''.

Grandes aplausos rubricaron las palabras del orador.

Seguidamente se leyeron telegramas de adhesión de diferentes compatriotas que por ausencia no pudieron asistir a los actos conmemorativos.

CON EL AGUA AL CUELLO

¿Y mi espacio vital?

Nuevo Comité

IZQUIERDA REPUBLICANA DE EUZKADI

Ha quedado constituído el nuevo Comité Ejecutivo de **Izquierda Republicana de Euzkadi** en la forma siguiente:

Presidente, Don Alejandro Martínez Escacho; vicepresidente, Emeterio Ortiz de Lejarazu; secretario general, Juan de Arratibel; tesorero, general, Juan Castresana; tesorero, José Castresana; vocal, Manuel Carabias; vice secretario, Eustasio Abad.

En su primera reunión el Comité tomó el acuerdo de negar su apoyo a toda campaña que de manera aparente o velada contribuya a entorpecer la labor de la Junta Española de Liberación, o mermar su prestigio.

Así mismo el Comité Ejecutivo de Izquierda Republicana de Euzkadi, interpretando el sentir de sus correligionarios, reiteró su propósito de negar igualmente su concurso a toda idea que en la emigración y bajo ningún pretexto, tienda o contribuya a debilitar y menos desvirtuar aquel espíritu de justicia que informó todo cuanto a lo legislado por la República Española en favor del País Vasco se refiere.

La heroica cruzada emprendida por la Legión Azul contra el comunismo tenía que dar su fruto, obra de dolor porque ninguna empresa grande se lleva a cabo sin sacrificio. Ya sabemos ahora cuál es el provecho obtenido en la campaña de Rusia. Los frailes salesianos van a darse el gusto de bautizar a un muchacho ruso que los pocos supervivientes de la Legión Azul se trajeron de Rusia, exactamente como cuando Colón se llevó a España los primeros indios para que los reyes Católicos pudieran admirar la rara especie. Sergio Ivanovich Marchenko se llamará en lo sucesivo Angel Francisco Bosco Casabolaños, con lo cual se ensancha el imperio de la fe, el comunismo pierde un tanto y la muerte de millares de españoles en tierras de Rusia no ha sido inútil.

GENIO Y ESPIRITU

El Arte de la Orfebrería en España

Siendo España un pueblo de vigoroso temperamento artístico y acusada originalidad, es natural que las nobles artesanías hayan tenido en ella magnífica representación cuando la industrialización, que ha generalizado la comodidad, pero ha matado la belleza de la obra manual no se había producido aún. Vamos a referirnos, por ejemplo, a la orfebrería, que en España ha logrado un soberbio e insuperable grado de perfección. El siglo XIV señala su punto más alto de desarrollo, principalmente en Castilla, Aragón y Cataluña, donde los orfebres se agrupan en asociaciones gremiales que constituyen verdaderas fuentes de espíritu creador. Obra de aquel tiempo es el busto repujado del Apóstol Santiago, atribuído al maestro Rodrigo Eaus, platero de la catedral compostelana. Lo es igualmente la admirable y famosa Copa del Tesoro de la catedral de Sevilla. Por doquier, los artífices fabrican joyas de rara perfección que sirven de ornamento en las iglesias o enriquecen los palacios de los señores. Alcanzan merecida fama los trabajos de los orfebres catalanes, los de Daroca, cuyos relicarios y cruces procesionales podían encontrarse en todo Aragón, los de Toledo, los de Morella, los de Teruel y Cuenca, los de Mallorca, en cuya catedral cincelan piezas maravillosas los maestros Ramón Franc y Bartolomé Ponce. Pronto surgirá, ya en el siglo XV, la gran familia de los Arfe, los más ilustres entre todos los orfebres que ha producido España. Las custodias, los ostensorios, los viriles que pueden verse por entonces en los templos llevan, en su mayor parte, el sello de los Arfe. De Juan de Arfe es la custodia de la catedral de Sevilla. Enrique de Arfe labró las custodias de la catedral de León, que se perdió en 1808, durante la invasión francesa; la imponderable, por su hermosura, que el cardenal Cisneros le encargara para la catedral de Toledo, en la que se invirtieron 17 arrobas de plata y una enorme cantidad de oro y pedrería, y la que, casi al mismo tiempo ejecutó para la catedral de Córdoba, cuna de otro gran platero del Renacimiento español, Juan Ruiz, a quien llamaban *el Bandalino*, que alcanzó merecida fama por las bellísimas obras con que enriqueció el arte de la platería.

Por aquel tiempo, apenas si había catedral española o iglesia de alguna importancia que no tuviese su custodia propia. Incluso, cuando era menester, los Cabildos hacían refundir las alhajas de que disponían a fin de que alguno de los artífices de renombre les trabajase la custodia correspondiente. El Ayuntamiento de Madrid conserva una, muy bella, fabricada de ese modo por Francisco Alvarez en 1560. Con las custodias procesionales corrían parejas los ostensorios, que abundaron extraordinariamente en las regiones de Cataluña, Valencia y Baleares, y que no ofrecían menor valor artístico que las custodias. Mención especial merecen también los viriles, de los que España guarda magnífica colección, y en los cuales se empleaba generalmente el oro macizo con incrustaciones de piedras finas. En el siglo XVI, la orfebrería española está en todo su esplendor. Florecía en Toledo con estilo propio vinculado a unos cuantos nombres de sólida reputación: Valdivieso, Merino, Vergara. En Cuenca hacía gala de su genio otra familia ilustre de la platería, la de los Becerriles. Valladolid constituía una verdadera universidad para los orfebres, que en la ciudad se daban cita procedentes de los cuatro puntos de España. En Zaragoza trabajaba Jerónimo Marcuello, y en Burgos labraba piezas admirables Juan de Orna por encargo del Condestable. Del ámbito casi exclusivamente religioso, la orfebrería se extiende a la vida profana y común. Las bandejas repujadas; las vajillas labradas en plata; las jarras monumentales en que se escancia el vino exquisito y oloroso; los braseros, los adornos de tocador, las escribanías que llevan la firma de los orfebres más notables de la época pueden verse en muchas casas particulares españolas. Pero con la generalización, aplicada a usos domésticos, la orfebrería se mercantiliza y pierde calidad. El siglo XVII acusa una decadencia notoria respecto al XVI, pero la tradición se sigue sosteniendo, sin embargo, gallardamente, en no pocos lugares de España. Se mantiene en Zaragoza, con Juan Aznar y Oonofre Pallarés. Tiene destellos geniales en Cádiz, donde Antonio Suárez ejecuta la soberbia custodia que recuerda su nombre y en la que revive, por mucho, el arte de los grandes orfebres del siglo XVI. Y mientras se debilita en Toledo y en Cuenca, por ejemplo, la platería cobra brioso vuelo en Córdoba con Ginés Martínez y Martín Sánchez, maestros artesanos a quienes había otorgado su confianza la Comunidad de los frailes Jerónimos. El siglo XVIII trae de la mano, para introducirlo en la península como caballero de Corte, el gusto barroco italiano y francés, cantera de la que los artífices de Córdoba, que sigue ostentando la palma, sacan inspiración para sus obras innumerables y de belleza impar. José de Valderrama demuestra su talento dando remate al Marco de la Santa Faz, que se venera en Jaén, presea que excede a toda ponderación. Cristóbal Sánchez perpetuará su memoria con la admirable Urna de los Mártires. Damián de Castro, cuya fama ha ido lejos, recibe encargo, y lo cumple, de hacer para la catedral de Sigüenza una custodia que se ha perdido, y con ella una obra maestra. Muestras opulentas del estilo barroco a la sazón imperante son el Camarín del Sagrario de Santiago de Compostela, creación del platero salmantino Figueroa, y el arca de Santo Domingo de Silos, una de las más perfectas realizaciones que se conocen.

Pasada la mitad del XVIII, en el reinado de Carlos III, resplandor postrero en la decadencia de España, aparece en Madrid una familia de orfebres, procedente de Aragón, y cuyo apellido, Martínez, se hará famoso. Uno de los Martínez, Antonio, ha viajado por Europa con beca real. Ha vivido en Londres y en París. Al regreso, trae consigo el secreto de la manipulación mecánica en el trabajo de los metales preciosos. De entonces data la fábrica mandada crear por el monarca sirviéndole de albergue el edificio suntuoso que se llamó Platería de Martínez, en el que 500 obreros se afanaban en producir trabajos de oro y plata de excelente gusto y notable perfección. Sin embargo, el viejo arte de la orfebrería, en el que la mano amorosa y diestra del artista ponía vida y espíritu, podía darse ya por muerto. Lo mataba, como a todos los bellos oficios de la época gremial en que floreció la artesanía, la máquina, fuerza inexorable contra la cual no valen las elegías líricas. Pese a algunos esfuerzos realizados para ello, la orfebrería no ha resucitado aún en España, ni se advierten signos de que tal cosa esté pronta a suceder. El siglo XIX, tan pródigo en desdichadas contiendas políticas, no dió aportación ninguna al tesoro artístico de la orfebrería española, tesoro que la incuria unas veces, las guerras civiles o de invasión otras, unidas a la acción del tiempo, han mermado considerablemente, si bien sigue siendo todavía envidiable. La riqueza que en joyas poseían muchas catedrales y monasterios; las correspondientes al patrimonio de la Corona; las colecciones particulares, formaban un acervo espléndido que casi ningún país podía igualar. En 1730, un incendio atroz destruyó gran parte del tesoro real. Después, Carlos IV, sumido en el apacible adormilamiento que fué condición suya, hizo desmontar la pedrería de las piezas antiguas, incomparables por su belleza, para engarzarlas con arreglo a la moda del tiempo, notable, si acaso, por su vulgaridad. El paso de los Ejércitos de Napoleón por España determinó la desaparición de muchas joyas pertenecientes a la Iglesia o alojadas en los palacios señoriales. Luego, los españoles, sobrados de vitalidad y escasos de reflexión, diéronse a destrozarse mutuamente en luchas fraternas que empobrecieron al país y aniquilaron su riqueza periódicamente. En esas convulsiones se ha ido perdiendo también, inevitablemente, una buena parte del tesoro artístico nacional. Así y todo, cuando la guerra cese y la vida civil de España se restablezca, los viajeros que la visiten tendrán ocasión de apreciar aún lo que aquel tesoro representa como riqueza y, sobre todo, como exponente del genio creador de los españoles.

Francisco CATALAN

La pretendida asamblea de juventudes

Una circular enérgica de la F. U. E.

Se nos ruega la publicación del siguiente documento:

ESTUDIANTES ESPAÑOLES:

La FEDERACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA no puede hacerse cómplice con su silencio de la maniobra miserable que los elementos comunistas pretender realizar a la sombra de los jóvenes españoles.

Los jóvenes comunistas disfrazados bajo el nombre de Hogar de la Juventud Española lanzaron la convocatoria para una Conferencia de la Juventud; la que por su procedencia e intenciones encontró la unánime repulsa de todas las demás organizaciones juveniles españolas cuya actuación no está guiada más que por los intereses de España y de la República.

La F. U. E., que vertió generosamente su sangre en España defendiendo las libertades del pueblo español, acordó por unanimidad abstenerse de concurrir a una Conferencia en la que le estaba reservado, como a todas las personas que allí acudan, el papel de comparsa del Partido Comunista.

Ante el fracaso absoluto de la Conferencia de la Juventud, cuya celebración ha sido aplazada dos veces, los comunistas que la dirigen han comenzado una nueva ofensiva, basada naturalmente en el embuste y en el engaño, con el propósito de atraerse a aquellos jóvenes que, por no pertenecer a ninguna organización o por estar desvinculados de la suya, son presa relativamente fácil para cualquier clase de engañosa maniobra.

La Juventud Republicana Española, la Federación de Juventudes Socialistas de España, las Juventudes Libertarias y la F. U. E. se han negado a participar en la Conferencia. ¿Qué organización juvenil española queda fuera de las ya citadas? Unica y exclusivamente la juventud comunista que, no atreviéndose a llevar con dignidad y gallardía su etiqueta política, se esconde vergonzosamente bajo diferentes y llamativas denominaciones.

La consigna dada por los comunistas de alianza con la C. E. D. A., los monárquicos de las dos ramas y los falangistas arrepentidos, es una traición al pueblo español.

Contra esta maniobra artera, contra este monstruoso contubernio, reacciona la F. U. E. con la firmeza de su pensamiento democrático y español. Los asesinos de nuestro pueblo, los que vendieron a nuestra Patria, los que mancillan el suelo sagrado de la España mártir, tienen que recibir el castigo que merece su incalificable conducta, su infame traición. Y quien preconice el entendimiento con los que se alzaron alevosamente contra la República, se hace cómplice de sus crímenes y debe ser considerado como un traidor a la Patria.

Se está preparando con España la misma innoble maniobra que se realizó en Italia dirigida por el Partido Comunista, de apuntalar a la Monarquía salvando los restos del régimen fascista. El artículo publicado en "Pravda" de Moscú elogiando el acuerdo de las Naciones Unidas con Franco, es un síntoma claro a la vez que alarmante.

Frente a esa actitud, todos los españoles auténticos, todos los republicanos sinceros con un sólo pensamiento: España; y una sola aspiración: la República.

Estudiantes, la sangre de nuestros muertos exige nuestro abnegado sacrificio. Luchamos en España por la Libertad y la Independencia; quien pretenda someter a coloniaje a nuestra Patria o hipotecar las libertades de nuestro pueblo, es indigno de ser español y de ser republicano.

La Conferencia de la Juventud, inspirada y dirigida por el Partido Comunista, defenderá una posición de servidumbre en el aspecto exterior y de castración de las aspiraciones populares en el terreno nacional.

La F. U. E. lanza vibrante la voz de alerta. La única solución del problema español es la República y para llegar a ella no se puede pactar con sus enemigos.

Los estudiantes españoles dispuestos siempre a ofrendar sus vidas en defensa de España y de la República, renuevan una vez más su posición democrática y republicana y su fé en los gloriosos destinos de la España Liberada.

¡Contra la colaboración con los traidores!

¡Contra los que pretenden pactar con los asesinos de nuestro pueblo!

Por la República.

Por la Libertad

Por España.

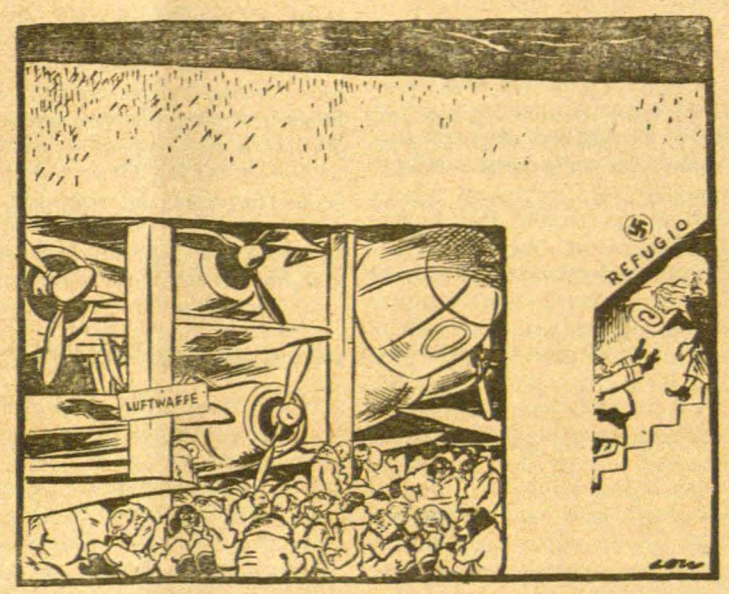
HABLA LE F. U. E., EL ORGANISMO JUVENIL UNIVERSITARIO DE ESPAÑA, DESDE SU PUESTO DE LUCHA

JUNTA DIRECTIVA:

J. Pinyol Nolla, Avelino González, Jesús Bernárdez, Manuel Azorín, Carlos Sáenz de la Calzada, Amapola González, José Bernárdez, Fernando Osorio, Eladio F. R Egocheaga, José Luis Lorenzo, Ramón Padín, José I. Bolívar, Carlos Vélez, Carlos Romero.

CAMARA FEDERAL:

Fernando Torre Bermúdez, José Ma. Torre. Alfonso Muñoz, Héctor Martínez, Helena Martínez, Mariano Ramos, Víctor Rico, Angel Azorín, Angelines Torre, Toti Somonte, Amelia Bolívar, Rosario Boix, Angel Maseda, Julián Zugazagoitia, Justo Somonte, M. Alvarez Ugena, Jaime Tomás Rentería.



¡ESTA LLENO!—(London Even. Standard).

notas de la SEMANA

MR. WALLACE A CHINA

Mr. Henry A. Wallace, vicepresidente de los EE. UU., tiene figura y vocación de misionero. Su traza desaliñada de moralista campechano inspira confianza y su sonrisa abierta promete amistad. Cuando viajó por el Continente americano fué dejando tras sí lazos muy fuertes de simpatía que hacían olvidar las intempestivas salidas de tono con que a veces, desde Washington o desde Nueva York, otros políticos norteamericanos, menos discretos que Mr. Wallace, se encargan de asestarle rudos golpes a la política de buena vecindad. Ahora el vicepresidente va a China, muy necesitada, por cierto, de misioneros que sepan identificarse con sus padecimientos algo más estrechamente de lo que hasta hoy fueron sentidos. Ya que las apelaciones sentimentales no surtieron resultado ninguno cuando China, agredida por el Japón, luchaba sola, esperemos que Mr. Wallace comprenda y haga comprender que es en China, aliada actual de los EE. UU. e Inglaterra, donde el orgullo de los japoneses puede muy bien ser abatido.

En el caso de China, como en el de España, la torpeza y la injusticia de las grandes naciones democráticas llegan a su culminación y las consecuencias del error se advierten demasiado tarde, no porque el curso de los sucesos no fuera lo bastante claro, sino porque la sordera a que voluntariamente se habían acogido los gobernantes de esas naciones era impermeable a toda llamada de atención. A pesar de los zarpazos de 1932 y 1933, mediante los cuales el Japón le arrebató a China las cuatro provincias que hoy forman el estado ficticio del Manchukuo, el proceso de industrialización y modernización de China no se había interrumpido seriamente hasta 1936, cuando se produjo la invasión cínica que el Japón venía preparando desde mucho tiempo atrás. Le faltaba resolver una incógnita y se la dió resuelta el inconcebible encogimiento de la Sociedad de Naciones frente al desafío de Mussolini atacando a Etiopía. A mayor abundamiento, la guerra de España iba a comprobar, algo más tarde, la absoluta impunidad que se les deparaba a los agresores. El asalto del Japón vino a detener el proceso ascendente de la evolución de China, que se transformaba rápidamente superando la estructura de su economía tradicional. Los 28.000 kilómetros de ferrocarril con que contaba en 1927 pasaban, en 1936, de 109.000, y los 18.000 vehículos a motor que circulaban en China por la misma fecha llegaban en 1936 a 45.000. Se habían duplicado en el mismo tiempo los telares de algodón y las fábricas modernas. Las Sociedades Cooperativas, que en 1927 se limitaban a 722, en 1936 sumaban más de 37.000. La enseñanza había conocido un desarrollo prodigioso. Cerca de 2.000 universidades y escuelas superiores acogían a medio millón de estudiantes, mientras 13 millones recibían instrucción en 260.000 escuelas primarias. La acometida del Japón, que obligó a los chinos a ejercer el oficio de soldados —el más inferior de todos en su filosofía familiar— truncó ese magnífico esfuerzo creador, sin que las grandes potencias dejaran de abastecer por eso al agresor con implementos de guerra que un día se volverían contra ellas mismas, como ocurrió en diciembre de 1941. Entonces empezó a verse que la contienda chino-japonesa tenía más interés del que se le había otorgado y hasta los más obtusos comprendieron que era menester acudir en socorro del pueblo chino, que desde hacía seis años se batía denodadamente contra ejércitos superiores en técnica y armamento. Embajadora espiritual del heroísmo de su pueblo, el año pasado llegó a los EE. UU. esa mujer admirable que es Mme. Chiang-Kai-Shek y por su boca habló el corazón de China. Ahora va a devolverle la visita Mr. Henry Wallace, hombre que también acusa sensibilidad excepcional. ¿Se justificarán a su regreso las jubilosas ilusiones con que en China ha sido recibida la nueva de su viaje?

DERECHO DE ASILO

La reciente revolución salvadoreña, tan abundante en paradojas, ha dado lugar a un episodio del que no puede hablarse sin rubor. Nos referimos al ejemplo ofrecido por los representantes diplomáticos que negaron asilo a los perseguidos por el dictador que acaba de caer —y esa es una de las paradojas a que aludíamos —precisamente cuando la revolución había sido aplastada con puño de hierro. Cerca de un centenar de hombres, aparte los caídos en la pelea, han pagado con su vida, ante los piquetes de ejecución, el pecado de haberse levantado en armas contra un régimen de tiranía. Muchos de esos hombres pudieron salvarse si las puertas de las embajadas a que acudieron no hubieran permanecido cerradas para ellos. En el caso de México, que rompe, por vía de excepción, una tradición nunca desmentida, el penoso episodio ha servido para hacer más patente, por contraste, el espíritu que México mantiene en tema tan humano y sagrado como el de dar asilo al perseguido político. Sería para nosotros un motivo de profundo alivio saber que en los EE. UU. se había operado una reacción pareja. Y esa reacción sería tanto más de apetecer si, como se afirma, la decisión del embajador obedece a un criterio general predominante en el Departamento de Estado norteamericano. En cualquier ocasión, y sea quien fuere el perseguido político, nos parece monstruoso que se niegue el derecho de asilo, aunque no nos pasan inadvertidos los peligros que en la práctica puede tener la doctrina en situaciones especiales. Durante la guerra española, el derecho de asilo se convirtió, en no pocas embajadas y legaciones acreditadas ante el Gobierno de la República, en un verdadero servicio de espionaje que sin traba ninguna se consagraba a servir a Franco desde la zona gubernamental. El abuso llegó a ser intolerable, como lo era el hecho de que, mientras la mayor parte de la población civil padecía hambre, impuesta por las circunstancias, era menester proveer abundantemente a las embajadas transformadas en hoteles para refugiados. Sin embargo, uno y otro exceso fueron tolerados por el Gobierno republicano, escrupuloso hasta el límite en el respeto a la representación diplomática y cuidadoso de no extremar su rigor con gentes a quienes el miedo imaginario, más que el peligro real, había empujado a pedir protección bajo banderas extranjeras. Aunque nadie le agradecía ni estimaba el ejemplo, la República se engrandecía moralmente siendo indulgente con el abuso, antes que se le pudiera acusar de cercenar el dereeho de amparo. No hay motivo para estar arrepentidos de ello. Y de la comparación entre el comportamiento del Gobierno republicano y el seguido después por las hordas de Falange asaltando embajadas para arrancar de ellas a los poquísimos republicanos que fueron acogidos, nace uno de los títulos más legítimos de orgullo que pueda exhibir la República.

Pero volviendo al tema, diremos que sería gravísimo que el criterio de los EE. UU., tal como se ha dado a conocer a través de lo sucedido en El Salvador creara escuela. Mal podría conciliarse ese principio con los dictados más elementales de la moral cristiana. Pero, en todo caso, un acuerdo tal no podría justificarse más que cuando se tratara de rebeliones contra gobiernos de legitimidad indudable y cumplidores de una legalidad política asentada sobre los derechos fundamentales de la democracia. No era ese el caso del general Hernández Martínez —simpatizador, por otra parte, de los regímenes totalitarios— ni es el de otros países americanos cuya adscripción oficial a la causa de la Democracia constituye un sarcasmo y un atentado a la lógica. Cabe suponer el trágico desencanto de unos hombres que cuando buscan auxilio por haberse arriesgado en una batalla por la libertad de su pueblo, se ven arrojados al furor policíaco y vengativo del cabecilla gobernante. Tal vez sospecharan que estamos regresando a tiempos bárbaros en que no privaba otra ley que la del garote . . .

PUEBLOS DE LIBERTAD

Hay algunos países en América que no conocen, por fortuna para ellos, la plaga militarista y en los cuales el ejercicio de la democracia tiene auténtica expresión. Uno se llama Costa Rica, otro Colombia. Ambos son ejemplo que contrasta con el desdichado régimen de arbitrariedades y dictaduras que padecen otros pueblos americanos, especialmente en Centroamérica. Eso no quiere decir que en su vida política Costa Rica y Colombia no conozcan crisis graves y momentos o situaciones de extrema dificultad, pero un sistema de plena democracia permite resolverlos siempre sin apelaciones a la violencia. Sucesos muy recientes lo comprueban. En Costa Rica, los temores de una insurrección armada que ensombrecían la elección del presidente Teodoro Picado —que será ilustre continuador de la política social seguida por sus antecesores— quedaron a la postre, como era de esperar, desvanecidos, y la historia constitucional de la pequeña república no ha sufrido eclipse ninguno. También Colombia pasaba, desde hace meses, por una profunda inquietud interna. La renuncia del presidente López, atacado desconsideradamente por el conservadurismo troglodítico que acaudilla el Dr. Laureano Gómez —panegirista de Franco y la Falange y denostador virulento de la República española— había creado una situación muy difícil de paliar que empeoraba de día en día a medida que se acercaba el de convertir en definitiva la renuncia, transcurrido el plazo que prescribe la ley. Durante las últimas semanas, el conflicto adquirió caracteres agudos La interinidad presidencial causaba hondos desasosiegos en el seno del Partido Liberal y traducíase en penosos pleitos internos que repercutían, fatalmente, en la vida general del país. Pero el trance acaba de liquidarse con arreglo a los más limpios métodos de la democracia y acordando la solución lógica que convenía darle. Por unanimidad, el Senado rechazó la renuncia del presidente López, a la vez que una pacífica, pero vigorosa demostración popular pedía, desde la calle, su continuación en el poder hasta agotar el período presidencial. No es probable que el presidente López resista a la presión moral que para él representan tales testimonios de confianza. Si su conducta necesitaba algún desagravio, se lo ofrecen cumplido quienes con mayor autoridad pueden llamarse intérpretes de la opinión pública. Y con la continuación de don Alfonso López en la presidencia se habrán eliminado todos los motivos de inquietud que han estado enrareciendo el ambiente político de Colombia.

Si se distinguen por su nivel político, Colombia y Costa Rica se distinguen también por su preparación cultural, muy superior a la de otras repúblicas americanas, gobernadas despóticamente, en donde el analfabetismo alcanza proporciones pavorosas. Pese al falso prestigio de que se ha querido rodear en los últimos veinte años la administración de los gobiernos de fuerza, la verdad monda es que el régimen de tiranía conduce fatalmente, y sin excepción, al empobrecimiento físico y moral de los pueblos que lo padecen. La liquidación del fascismo en Italia, del nazismo en Alemania y del falangismo en España dará un balance que representará un retroceso de medio siglo en el desarrollo que cada uno de los tres pueblos hubieran podido lograr en un régimen de democracia. La misma regla sirve para América. Progresan aquellos pueblos cuyo gobierno se apoya en la libre voluntad popular. Se estancan, o degeneran, aquellos otros a quienes se priva de libertad. Los primeros resuelven sus problemas por la vía de la discusión y del derecho. Los segundos viven, como acaba de verse, abocados a perpetua violencia, puesto que el diálogo de la razón no vale para discutir con los tiranos. Pero habrían de ser ciertas las excelencias de eficacia que sus panegiristas encuentran en los regímenes de fuerza, y seguiríamos pensando que no hay beneficio material capaz de compensar la pérdida de la dignidad humana, incompatible con la servidumbre. Cuando los pueblos americanos hoy esclavos recuperen su libertad, tendrán en Colombia y Costa Rica una enseñanza.

"Me parece que hubiera sido mejor no haber empezado esta clase de juego . . ."—(La Presse. Montreal).

Tierras de España

Romería de Toledo

Toledo despierta más temprano y más alegre el día en que se celebra la romería de la Virgen del Valle. La ermita de esta Virgen está del otro lado del Tajo, desde donde Barrés, apoyado en una roca, contempló a Toledo, según el retrato de Zuloaga.

El día de la romería del Valle, los patios de Toledo, que son —como el rostro en las personas— espejo del alma de cada casa, están más limpios y floridos que de costumbre. La Plaza de Zocodover, corazón de la ciudad, tiene bullicio dominguero. Las gentes se dan cita allí para dirigirse después al valle donde la ermita agita su esquilón como un cordero que retozase igual que una égloga de Garcilaso, mientras el río ciñe a la montaña y a la ciudad con su brazo poderoso.

DIALOGO CON LA VIRGEN

El tiempo no se anunciaba bueno para la romería. El pueblo veía cerrarse sobre todo el contorno, a la vez que por más allá de la Vega se levantaban densas tolvaneras, unas nubes negras como esas rocas que parecen querer aplastar a Toledo y que semejan enormes toros echados sobre la hierba.

Todo el año esperando el día de la fiesta, y ahora la lluvia amezaba malograrla. El mayordomo se fué la víspera a ver a la Virgen a la ermita. La Virgen estaba sola, resignada y risueña con su chico en brazos, como esas madres que se quedan afanadas en la casa mientras el hombre anda trabajando la tierra.

—Pero vamos a ver: ¿es que va a seguir lloviendo? ¿Es que se pasa uno todo el año preparando la fiesta para que haya que suspenderla por la lluvia?

La Virgen seguía sonriendo con el hijo en brazos. El hombre se asomaba a la puerta de la ermita, miraba al gris horizonte, extendía la mano:

—¡Lloviendo!

Pero al día siguiente amanecía con cielo azul, espléndido, sin una nube. Era que la luna había cambiado la noche anterior, según un estudiante de la Normal. Era que la Virgen se había hecho cargo de la situación, según el mayordomo.

EL VALLE POR LA MAÑANA

Se llega a la ermita caminando por entre olivares y berrocales. El paisaje se ha ido tornando cada vez más desnudo. Nuestros pies van despertando el olor del tomillo que crece abundante. Muchos romeros vienen a pasar todo el día en el valle, y se les ve caminar al borde de los cigarrales, con el zurrón de la merienda a cuestas. A un lado y otro del camino, los carromatos de los buhoneros, las varas en alto, y junto a las ruedas sus perros somnolientos.

Pasan los gitanos con sus mujeres y sus borriquillos; ellas dejando caer la chispa de fuego que les baila en la mirada; ellos saludando respetuosos a la pareja de la Guardia Civil. Viejos amigos.

Más allá están los "gangos" o puestos de bebida. El tabernero y su mujer alinean vasos y botellas, mientras las vendedoras de avellanas lanzan al aire sus pregones. Cacharros de Talavera y vasijas de barro de la industria toledana se extienden por el suelo.

—¡Campanitas de barro, campanas! —pregona un muchacho agitando en el aire el primoroso juguete.

Y en esto, el mendigo que, de rodillas, agita sus muñones:

—¡No hay alegría sin brazos! ¡Nunca se vean como yo me veo!

A su lado, otro mendigo sin piernas, pero con los brazos sanos, le pone de cuando en cuando un trozo de pan en la boca.

—¡Tengo que comer como los pájaros!

—Pero hay apetito ¿verdad, compadre?

Y un aire de clásica picaresca borra las sombras del aguafuerte. Ríen espectadores y mendigos, y el ancho pañuelo extendido sobre el camino se llena de monedas de cobre.

TOLEDO, DESDE MAS ALTO QUE TOLEDO

Desde el balcón de la "santería" de la ermita, vemos allá abajo el río. Verticalmente. Toledo, frente a nosotros, como si pudiera tocarse alargando el brazo. A la derecha, el castillo de San Servando, sobre un cerro pelado. El Alcázar, empinándose sobre el caserío, como si quisiera asomarse a la hendidura en que el Tajo se estrecha entre convulsiones que enturbian sus agua.

De este clamor épico, vuelve a sacarnos la ermita con su alegría pastoral. Un cordero bala en el atrio esperando el momento de la rifa en que él mismo será el premio. Una moza entra en la ermita abierta de par en par al paisaje, llevando dos palomas en ofrenda, apretadas contra su pecho. Un aldeano sale después de bendecir su roscón de tahona, todavía oloroso a cochura. La Virgen ayer tan sola, está ahora entre luces y ramos de flores esperando que la lleven los mozos a pasear por el monte . . . Suena el órgano, sale a relucir el oro de las casullas, y el incienso mezcla su olor al de la jara, el tomillo, el romero.

Entonces en la ladera de enfrente rompe a cantar un bando de perdices.

LA PROCESION Y EL RETORNO

El gentío afluye por la tarde, atravesando el río en barcas o dando el rodeo por el Puente de San Martín. Ya no se cabe en el monte. Estallan los cohetes de la procesión y allá va la Virgen como una pastora, saltando de peña en peña, mientras los romeros le echan puñados de avellanas a su paso.

La tarde comienza a declinar entre meriendas y canciones. De la ciudad parece alzarse un acorde amplio, solemne, como si sus piedras milenarias se hiciesen inmensa sinfonía, incendiadas por el crepúsculo.

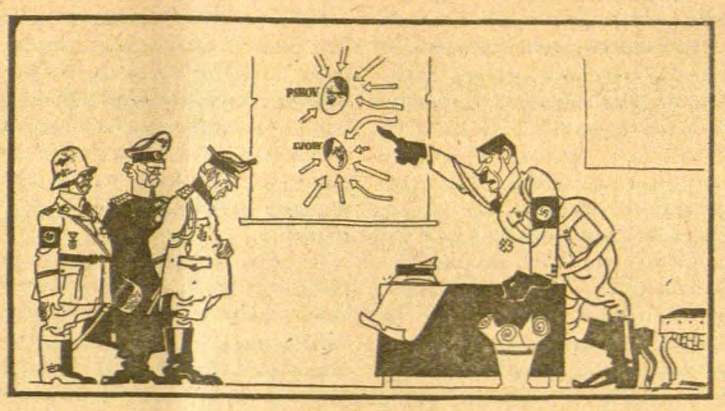
Entonces, lentamente, tornamos a Toledo, mientras el sol, caído ya al borde de la noche, viene a lavar sus heridas, como un guerrero, en las aguas del río.

ANGEL LAZARO

Nota: En nuestro trabajo anterior comenzábamos: "A la entrada del pueblo, sobre el verdor de la era, con su trillo abandonado, está el redondel de la parva."

Donde escribimos parva, salió parra. Había que salvar esta errata.—A. L.

SIN APELACION



A pesar de lo que dijo Churchill sobre los ejércitos alemanes, yo mantengo que Uds. son unos idiotas . . .!

VALIJA *indiscreta*

MADARIAGA O EL AMOR DE UN BRIGADIER

Don Indalecio Prieto nos ha dado a conocer, a través de su contundente réplica publicada en "Excelsior", un curioso artículo de don Salvador de Madariaga, quien, para acabar con Franco y la Falange, confía en un "general liberal" el cual facilitaría luego la restauración monárquica en nuestro país. Niega el señor Prieto que el ilustre speaker de la radio inglesa pueda encontrar en la España franquista a un solo "general liberal", fuera, naturalmente, de los que se encuentran desterrados, ninguno de los cuales— precisamente por ser liberales— puede inspirar confianza al señor Madariaga, pues ninguno se prestaría a repetir la hazaña de Martínez Campos a la sombra del histórico algarrobo de Sagunto, para llevar a cabo la singular operación política ideada por don Salvador. La noticia de que en la España franquista no quedan ya generales liberales habrá sorprendido, seguramente, al sabio profesor de Oxford, quien, por haber pasado la mayor parte de su vida fuera de España, es posible que no sepa que el general Espartero falleció ya hace tiempo y que el general Prim fué asesinado en la calle del Turco. La sensible noticia de tales desgraciados sucesos, que nosotros nos apresuramos a comunicar al señor Madariaga, enviándole de paso nuestro sentido pésame, acaso le haga modificar su bien meditado plan para la salvación de España. Don Salvador había soñado, sin duda, en el jubiloso espectáculo que podrían ofrecer en la bahía de Cádiz las fragatas de nuestra gloriosa escuadra —la "Zaragoza", la "Isabel II", la "Tetuan", la "Lealtad", etc— al mando del brigadier Topete, saludando con salvas de bombarda la llegada del "San Buenaventura", llevando a bordo al "general liberal", el cual, al desembarcar, lanzaría un manifiesto "Al País y al Ejército", con estas exclamaciones: "¡Viva España con honra!" "¡Viva la Soberanía Nacional!", "¡Que no caiga para siempre la espuria raza de los Borbones!"

Es una verdadera lástima que don Salvador no pueda ver realizados sus deliciosos sueños políticos, y todo por la falta de un "general liberal". "¡Cómo ha degenerado la raza! —meditará tristemente don Salvador paseando su decepción por los claustros universitarios de Oxford, cubiertos de yedra prócer— ¡Ya no queda en España un "general liberal" capaz de dar un golpe de Estado contra Narváez, digo, contra Franco!"

¿Qué puede hacer don Salvador ante esta nueva situación que le ha revelado el artículo de don Indalecio Prieto? No es posible, desde México, sugerir al ilustre pensador una solución satisfactoria, digna de su original inteligencia. Acaso lo mejor sería que don Salvador, quien nos ha resultado uno de los personajes más divertidos de nuestra triste época, se proclamase a sí mismo general, y como, por otra parte, él es liberal de toda la vida, podría realizarse en su propia persona la feliz conjunción, y en un momento nos encontraríamos los españoles con que contábamos con un "general liberal" contemporáneo, sin necesidad de hacer una película retrospectiva de la Revolución de Septiembre. Si le pareciera poco el grado de general, podría proclamarse mariscal, dignidad castrense que está ahora de moda y a la que se llega en nuestros días con relativa facilidad. Pero, se nos ocurre preguntar: ¿Siente don Salvador verdadera e irresistible vocación por la bizarra carrera de las armas? ¿Está sinceramente dispuesto a convertirse en un brigadier de pronunciamiento? ¿Le sentaría bien, siquiera, el uniforme? ¿Ha pensado, acaso, en que las plumas del casco podrían acentuar, los días que vistiese de gala, su silueta de pajarito? Estas son preguntas que el excelso profesor debe examinar serenamente en el silencio augusto de su cátedra, y que nosotros, pobres ignorantes, no podemos contestar.

Ahora bien; si el señor Madariaga no se siente con ánimos para ser "general liberal", ¿qué puede hacer para salvar a España? Nosotros nos permitiríamos aconsejarle que enviase su adhesión a la Junta Suprema de Unión Nacional, lo que, en definitiva, no compromete a nada, y donde encontraría —¡tanto tiempo sin vernos!— a sus antiguos amigos de la CEDA, y ello les permitiría recordar juntos los dichosos tiempos en que ellos y él eran ministros lerrouxistas de la República. No crea el señor Madariaga, celoso siempre de conservar su seriedad política hasta en los momentos de mayor extravagancia mental, que sus amigos de la CEDA, adheridos ahora a la Junta Suprema de Unión Nacional, fuesen a hacer mofa de su nuevo entusiasmo monárquico o recordarle con escarnio su antiguo fervor republicano. El señor Madariaga puede explicarles que si él fué republicano es porque la República lo hizo nada más que diputado, embajador y ministro, y que si ahora se declara monárquico es por si se presenta la ocasión de servirla desinteresadamente en alguno de esos cargos. Las "destacadas personalidades de la CEDA" que se han adherido a la Junta Suprema de Unión Nacional lo comprenderán perfectamente, como comprenden otras muchas cosas bastante más gordas. Es posible, sin embargo, que algún español indocto le diga malhumorado a don Salvador que, puesto que él tiene ideas tan claras y geniales sobre todos los problemas del mundo y está tan bien enterado de lo que piensan los lapones o los búlgaros y de lo que pasa en la Groenlandia o en el Manchukuo —esto último le valió en Ginebra el delicioso título de "Don Quijote de la Manchuria"—, pero, en cambio, anda algo despistado sobre lo que ocurre en España y lo que desean los españoles, lo lógico será que la próxima vez lo elijan concejal en Shanghai o en Smolensk o lo nombren canciller de Islandia o de Mozambique, pero no diputado a Cortes por la Coruña. En todas partes puede emplearse útilmente su preclaro talento político, sin que haya de ser forzosamente en España, donde, menos geniales y clarividentes que don Salvador, nos conformamos con una modesta República hecha en el país. Por nuestra parte no hay inconveniente, desde luego, en que don Salvador de Madariaga se declare partidario de la restauración monárquica en España, en su próxima actuación política, pero siempre que dicha actuación suya tenga por escenario la Dieta de Croacia o el Senado de Etiopía, por ejemplo, donde podría demostrar, como es evidente, los progresos que logra en Inglaterra la idea monárquica española, que cuenta ya en aquel país con cuatro distinguidas personalidades de la buena sociedad británica que son monárquicos españoles. Cuatro, por lo menos; a saber: el duque de Alba, mister Churchill, el pretendiente don Juan III y mister Madariaga . . . ¡Aoh, yes!

EL VALIJERO

COMENTARIO INTERNACIONAL

EL PLEITO EISENHOWER-DE GAULLE Y LA MISION DE FRANCIA

Un hado adverso parece presidir las relaciones entre el Comité Nacional de la Liberación Francesa y los gobiernos aliados, en vísperas de la anunciada invasión que habrá de llevar próximamente la guerra a territorio francés. Resulta muy sencillo para ciertos periodistas que sirven determinada propaganda, atribuir todas las culpas de esta lamentable situación al general De Gaulle y a sus supuestas ambiciones dictatoriales. En ese sentido, algunos comentaristas han llegado a convertir la crítica lícita en acusaciones y agravios totalmente disparatados. Lo más curioso es que quienes adoptan tal actitud se presentan como ardientes defensores de la democracia francesa, cuya soberanía futura alegan no querer comprometer imponiéndole desde ahora el gobierno provisional formado en Argel con participación de todas las representaciones populares francesas. Esta situación tiene su origen en un deplorable equívoco: quienes así hablan parecen creer que el general De Gaulle no posee en Francia otra fuerza política que la que ellos mismos puedan darle, y por eso se la niegan, simulando una singular imparcialidad que en realidad se convierte en aliento y descarado apoyo al escaso grupo de franceses interesados en restar autoridad nacional al general De Gaulle. Ignoran o pretenden ignorar que la fuerza y la representación la reciben el general y sus colaboradores argelinos de la confianza casi unánime del pueblo francés. De Gaulle, en efecto, simboliza hoy a Francia, aunque no haya sido posible someter aún el sentimiento popular francés a la prueba estadística de un escrutinio. Con pretexto, pues, de no privar a los franceses de su futura libertad de elegir el gobierno que les plazca, se desconoce hoy a su auténtico representante designado por inequívoca aclamación popular. Y se da el curioso caso de que quienes niegan tal condición a De Gaulle no vacilaron en concedérsela, para pactar con ellos, a Darlan y más tarde a Giraud, quien resultó a la postre víctima del apoyo que le prestaban los americanos. La pugna entre Giraud y De Gaulle fué el resultado de aquella singular imparcialidad, que consistió en desconocer la realidad política de Francia; el Comité de Argel la resolvió por procedimientos expeditivos, cuyo éxito le alentará sin duda a seguir poniéndolos en práctica en casos sucesivos.

Cierto es que no resulta fácil tratar con De Gaulle —como no fué fácil tratar con Clemenceau—, pero ello obedece a que posee un claro concepto de la dignidad de su función y defiende celosamente las prerrogativas de la soberanía francesa. El general no es ciertamente un gobernante dócil y flexible —como no lo fué Clemenceau, que, en otro caso, no hubiera sido llamado "Tigre", ni hubiera dado sus feroces zarpazos hasta lograr la victoria.—Si De Gaulle hubiera sido dócil y flexible, estaría seguramente a estas horas a las órdenes de Petain y no hubiese lanzado desde Londres, al caer Francia traicionada, su histórico llamamiento a la lucha por la libertad. La lección que De Gaulle no ha aprendido todavía de Clemenceau es la salvaje decisión de "hacer la guerra", desdeñando politiquerías y zarandeando poltronerías. En esto el político civil fué más categórico y brutal, como debía serlo, que el militar profesional.

No se hubiera llegado a esta lamentable situación si los aliados hubieran tenido desde el primer momento ideas claras sobre la necesidad imperiosa de salvar a Francia, no en sus dimensiones materiales, en su ser físico, a medida que avanzasen las tropas de invasión, sino en su ilustre personalidad moral, en su histórica misión europea hoy más necesaria que antes. La Europa continental no podrá vivir —y mucho menos después de destrozar a Alemania, como es el propósito— sin una Francia fuerte y libre que asuma nuevamente, limpia de sus pecados y de su corrupción, la función rectora que tuvo reservada en los treinta primeros años de este siglo, como tampoco Europa podrá existir sin el elemento activo y vital de una nueva España. No es posible, por lo tanto, tratar el problema francés como el de cualquier país que pueda darse alegremente por vencido e incorporando definitivamente a las clases pasivas europeas. De Gaulle representa, en efecto, el espíritu de supervivencia francesa, frente al suicida convencimiento derrotista que es la explicación bochornosa del petainismo. El error de muchos —un gobernante aliado llegó a decirlo— consiste en creer que Francia ha desaparecido, que no existe ya, y que hay que partir de tal realidad. La realidad en este caso es contraria a la verdad que conviene a Europa y que tienen en su mano los aliados. La verdad europea consiste en evitar que Francia desaparezca, y para ello era obligado desde el primero momento ayudar al general De Gaulle y a los franceses que no han abdicado de sus sentimientos nacionales ni han abandonado la misión de Francia en Europa.

Los últimos episodios que acentúan la tirantez de relaciones entre los aliados y De Gaulle se iniciaron con el proyecto de organización del poder civil y militar en el territorio liberado, asunto que motivó la separación del mando del general Giraud. Con ello fué eliminado este militar patriota, pero carente de sentido político, como elemento de enlace entre los ejércitos aliados que han de invadir y liberar el territorio francés y el poder civil francés representado por el Comité de Argel. Siguió a esto la denuncia unilateral por el general De Gaulle del pacto celebrado por Darlan con los americanos cuando desembarcaron en Africa del Norte, como advertencia de que el ejército libertador no habrá de asumir en el territorio metropolitano las funciones de soberanía que asumió en la zona africana. El CN de la LF, con la aprobación de su Asamblea Consultiva, ha dictado últimamente las leyes que habrán de regir inmediatamente en la Francia liberada: una de ellas regula el funcionamiento provisional del poder republicano en el territorio libre, y otra establece las normas para organizar definitivamente dicho poder, proporcionando el sistema de sustitución del actual gobierno.

El general Eisenhower ha creído ver en estas disposiciones legislativas francesas ciertas trabas inadmisibles para su plena autoridad militar de jefe de la invasión, y con objeto de tratar con él estas delicadas cuestiones, el Comité de Argel envió a Londres al general Koenig (el héroe de Bir Hacheim, glorioso episodio en el que se distinguió, aunque se oculta, el heroísmo de los republicanos españoles que luchan en el ejército francés). En ese momento, el gobierno británico retiró al Comité francés y a su delegado militar —como a los demás gobiernos aliados excepto Rusia y los EE. UU.— el derecho de usar su clave telegráfica propia, y el general De Gaulle, en uno de sus arranques característicos, ordenó a Koenig que suspendiera las negociaciones, por cuanto no podía comunicarse libremente y en secreto con él.

Las disposiciones legislativas dictadas por el Comité de Argel no contienen ninguna traba entorpecedora para el mando militar aliado, pero afirman el principio de la soberanía francesa y el poder del gobierno provisional presidido por De Gaulle en el propio territorio francés. Son una ordenación legal perfectamente compatible con la colaboración militar entre aliados y franceses, considerados éstos como colaboradores y no como subordinados, especialmente en cuanto afecta al poder civil que, asumido plenamente por los degolistas, impedirá la repetición del darlanismo y la peligrosa conversión de ciertos desvergonzados colaboracionistas dispuestos a trepar en la trasera de los triunfantes "jeeps" americanos. El general Eisenhower puede alegar que a él sólo le interesa la eficacia militar de los concursos que encuentre en Francia, incluso entre los colaboracionistas arrepentidos, pero el general De Gaulle piensa, sin duda, que un factor militar esencial para la victoria es la moral de los combatientes, y ésta se quebrantaría entre los combatientes franceses que acompañen a los soldados de la invasión y los que constituyen ya el poderoso e invisible ejército de la resistencia, si se les ofreciese el ejemplo de una nueva darlanada. En realidad, el temor no deja de estar justificado.

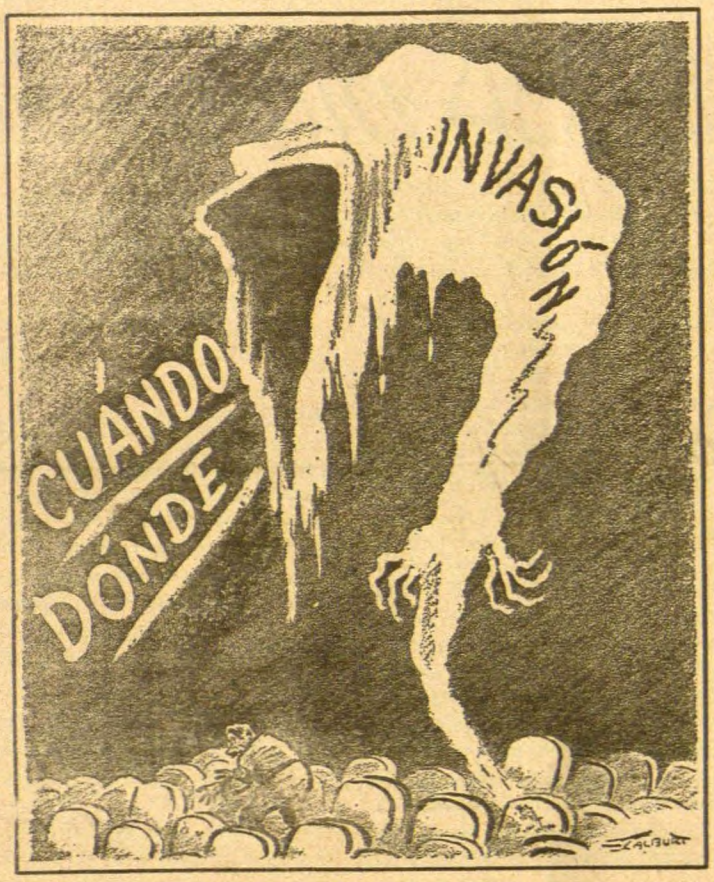
Todos estos conflictos y diferencias son ciertamente delicados y no dejan de presentar cierto peligro en vísperas de una operación militar tan arriesgada como la que abruma la responsabilidad de Eisenhower. Este mismo comprende cuán necesaria es, para secundar la invasión, la colaboración resuelta de los guerrilleros, de los grupos de resistencia y de la acción popular, y para ello ha dirigido ya varios llamamientos por radio, dando instrucciones para que los patriotas secunden la acción militar. Pero habrá de comprender igualmente que esos llamamientos surtirían mayor efecto en Francia si los dirigiera el general De Gaulle, dando éste la seguridad de que en él se respetaría plenamente la soberanía francesa, la cual podría en seguida pronunciarse libremente sobre su propio destino dándose el gobierno que quisiera. Y en ese sentido debía ser convincente el hecho de que los llamamientos contrarios para que los franceses se opongan a la invasión, no los ha hecho, desde la acera de enfrente, el general alemán de las fuerzas ocupantes, sino el mariscal Petain . . .

El general De Gaulle no parece dispuesto a ceder en la celosa actitud adoptar para salvaguardar el principio de la soberanía francesa. Acaso ello habrá de producir todavía rozamientos y conflictos más graves, al término de los cuales se encontrará De Gaulle con un prestigio acrecido ante sus propios compatriotas, aunque constituyan ahora un elemento de perturbación en instantes en que la colaboración sin reservas y la verdadera solidaridad entre Francia y los aliados es indispensable para el éxito de la difícil operación militar que se proyecta. De esos conflictos puede también salir quebrantada la amistad de Francia con sus propios libertadores, amistad también indispensable en el futuro para una política europea constructiva.

La solución estaría en que unos y otros dejasen de lado la vana querella por los errores pasados —¡cuán enconada sería la actitud de los republicanos españoles, si no olvidásemos errores e injusticias!— y se estableciese rápidamente un programa de colaboración en el que, haciendo los máximos sacrificios a las necesidades militares, se tuviera como inspiración definitiva y profunda la idea de que Europa necesita urgentemente la reconstrucción moral y material de Francia, representada hoy por el general De Gaulle y mañana por quien los mismos franceses designen. Pues, pese a apasionados comentarios contrarios, la ley de reorganización del poder republicano en Francia dictada por el Comité de Argel no justifica en ningún sentido los temores de poder personal y asegura, en la medida de lo posible, un rápido funcionamiento, condicionado por las circunstancias, de la democracia francesa, cuya colaboración activa —como la de la nueva democracia española y la de la futura República italiana— será necesaria, indispensable, para la tremenda obra de reconstruir a Europa que espera a los hombres de buena voluntad.

C. E.

Surge la Pregunta



Talburt en el Washington *News*.

UN GESTO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE POPAYAN

Durante su estancia en la República de Colombia, el profesor don Luis Jiménez de Asúa fué invitado para visitar la Universidad de Popayán. Con tal motivo el rector, don Antonio J. Lemos Guzmán hizo colocar en el Paraninfo de la Universidad, en sitio muy visible, la bandera de la República española junto a la bandera de Colombia. Al conocer ese rasgo del rector, la colonia española, que en Popayán es pequeña, pero unida, acordó costear una hermosa bandera y regalársela a la Universidad en señal de gratitud.

El Dr. Lemos Guzmán es una destacada personalidad intelectual de Colombia. Ha sido diputado y alcalde de Popayán y actualmente es senador. Está reputado como uno de los mejores oradores de Colombia.

GESTA DE GUERRA

OFENSIVA EN ITALIA

Después de una larga paralización se han reanudado con gran éxito las operaciones en el frente italiano, rompiendo los aliados la famosa línea Gustav, que parecía inexpugnable, pasando a través de la segunda línea, la llamada línea Hitler que según dicen han desbautizado en vista del mal comportamiento de su defensa, y han llegado a pocos kilómetros de la cabeza de playa de Nettuno, con cuyos defensores no tardarán en reunirse acometiendo directamente sobre Roma. Decimos esto, porque la posición del general alemán que manda en Italia (el mariscal del aire Kesserling), a pesar de las 26 divisiones de tropas escogidas con que cuenta, no es nada sólida en lo que a la defensa de Roma se refiere. Su flanco derecho cogido entre dos fuegos, por un lado las fuerzas aliadas que avanzan y por otro las desembarcadas en la cabeza de playa que seguramente han reforzado lo necesario para que puedan romper las líneas de circunvalación alemanas y coperar, si no a la victoria, por lo menos a la explotación del éxito. Esto obligará al mando alemán a un repliegue profundo que colocará en primera línea las defensas exteriores de la ciudad eterna, que pasa entonces a ser campo de batalla con el consiguiente riesgo para sus riquezas artísticas. El flanco derecho teutónico queda pnligrosamente alargado, sin buenas líneas de abastecimiento, y es probable que se retire a lo largo de la costa adriática a poco que lo hostilicen los aliados. De todos modos, a medida que el ejército alemán se repliega hacia el norte de la península italiana el frente se va alargando considerablemente hasta llegar a la línea del Po, donde llega a tener cuatro o cinco veces la longitud que tenía la línea Gustav, bastante bien elegida por este concepto, ya que la distancia que abarca la línea Garellano-Cassino-Sangro es la más corta de las transversales que pueden trazarse en la península.

La operación ha estado perfectamente concebida y ejecutada, eligiendo con todo acierto el momento psicológico en que el alto mando nazi, preocupado con la invasión de Europa y considerando el teatro italiano como un teatro de operaciones secundario, no prestaba toda la atención requerida a lo que pasaba en ese frente que creía estabilizado para mucho tiempo. El general Alexander ha efectuado su concentración de fuerzas con el suficiente secreto para no alarmar al servicio de información enemigo, trayendo de su ala derecha las unidades veteranas del Octavo Ejército que ha substituído por reservas probablemente menos aguerridas, demostrando la falta de información que los nazis han sufrido y el odio que el pueblo italiano les tiene.

ROTURA DE LA LINEA GUSTAV

La ofensiva se inició en el trozo de frente comprendido entre Cassino y el mar, situado al sur de este inexpugnable punto de apoyo que durante medio año ha desafiado todos los ataques aliados. En punta de vanguardia marcharon las divisiones francesas del general Juin, que se han distinguido extraordinariamente, tomando Castelforte y otros pueblos en los primeros días, con lo que consiguieron la ruptura de la línea Gustav, amenazando las comunicaciones de Cassino, que fué evacuada por su guarnición antes que quedar cortada. Al hablar de este magnífico asalto de las tropas francesas no podemos menos de recordar con orgullo y satisfacción que entre sus componentes figuran numerosos batallones de la Legión Extranjera formados por antiguos combatientes republicanos españoles. A este propósito es oportuno recordar el reciente episodio de que ha sido protagonista el capitán de fragata español Buiza, que se alistó en la Legión al empezar la guerra en 1939, y ha estado combatiendo desde entonces al frente de unidades compuestas exclusivamente de soldados españoles. Después de tomar parte en las campañas del Africa del norte, Sicilia e Italia, distinguiéndose brillantemente, pidió el comandante Buiza que a las unidades que mandaba se les permitiera llevar una bandera con los colores rojo, amarillo y morado, a fin de que en esta guerra contra la tiranía totalitaria estuviese representada, aunque fuera simbólicamente, la República Española, que fué la primera que combatió en Europa contra el nazismo en una gloriosa epopeya que duró cerca de tres años y que los dirigentes de las democracias se complacen en ignorar. Habiéndosele negado el permiso, el comandante Buiza rescindió honorablemente su compromiso en señal de protesta, considerando que ya se había batido lo bastante por la causa de Francia y de las Naciones Unidas, y que era hora de hacerlo por la de España, es decir, de que se tuviese en cuenta el heroico esfuerzo y la sangre derramada por esta nación en defensa de los principios democráticos, aunque fuese con este modesto reconocimiento. La historia exigirá estrecha cuenta a aquellos gobernantes ingleses y franceses que movidos por un mezquino espíritu de clase, y algunos por miedo, ayudaron a Hitler en contra de la República Española con el infame Comité de No-Intervención, y son responsables de los torrentes de sangre vertida en esta guerra. Y menos mal que el estado mayor alemán, no sabemos por qué, no se aprovechó de la posición conseguida en la península española para tomar Gibraltar y ocupar Africa del norte . . .

Dejando a un lado recuerdos tristes, de los que no es posible hablar sin que nos desborde la amargura, volvamos a los triunfos actuales. Conjugando acertadamente los avancés de los franceses y polacos, de los norteamericanos del Quinto Ejército y de los ingleses, australianos, neozelandeses e indios del Octavo, el general Alexander (uno de los mejores del ejército aliado, cuya reputación se confirmó en las circunstancias más trágicas siendo el jefe que logró salvar gran parte de las tropas inglesas en Dunkerque, y que luego mandó las fuerzas del Imperio Británico en la desdichada campaña de Birmania), ha logrado en muy pocos días considerables ventajas sobre las fuerzas nazis, llegando a la hora que se escriben estas líneas a Fondi por el sur y a Piedimonte, que han ocupado las tropas polacas, por el norte del frente de avance, situándose a corta distancia de Ceprano, flanqueando Pico y Pontecorvo, y atacando con fuego de cañón Terracina, (posteriormente se ha sabido que penetraron en ella tropas americanas, siendo desalojadas por un contraataque alemán), lo que los coloca a pocos kilómetros de las avanzadas de las líneas de contravalación, que suponemos tendrán las fuerzas alemanas que rodean la cabeza de puente de Anzio. Como decíamos al principio la situación de los germanos no es nada envidiable, y si en estos momentos en que el mariscal Kesserling tiene que echar mano de todas sus reservas para restablecer el frente, que parece estar en estado flúido, se hicieran uno o dos desembarcos al norte de Roma o en la costa del Adriático, la ciudad de los papas podría añadir en muy pocos días otra nueva expugnación a las numerosas que ha sufrido en el curso de la historia. Bueno fuera que franceses y españoles entraran los primeros, en recuerdo del Condestable de Borbón. Sólo que esta vez el saqueo de Roma ya lo habrán hecho los nazis, ladrones más finos y científicos que nunca lo fueron los condotieros, a sueldo del mejor postor, y los brutales y sanguinarios lansquenetes. De estos últimos después de todo, la actual soldadesca alemana desciende directamente.

A. F. BOLAÑOS

JEFES MILITARES ALIADOS

A la izquierda, el Teniente-General H. D. Crerar, comandante del 1er. ejército caandiense, y el Gen. Montgomery, comandante de las fuerzas británicas terrestres de invasión, y de renombre mundial desde su campaña en Africa.

Bajo el Franquismo

La Vida en Madrid

Treinta pesetas como mínimo, y de ochenta a cien pesetas, cuando menos, si se quiere un restaurante mejor, es lo que cuesta una comida en Madrid, al decir del corresponsal de ''Newsweek'', quien asegura que Madrid es hoy uno de los pocos sitios de Europa ''donde se puede comer como un rey''.

''Se puede encontrar de caviar para arriba . . . si os podéis dar el lujo de pagar la cuenta.'' Los ''menús'' son variados y largos, pero ''hay que pagar la comida completa'' aunque sólo queráis comer un plato. Lo más barato que ''se puede comer'' cuesta el equivalente de dos dólares y medio, con vino o cerveza. ''En los sitios mejores es una gran suerte salir por un gasto de menos de cien pesetas por persona . . .''

''Al mismo tiempo —explica el redactor de ''Newsweek''— hay, naturalmente, millares de gentes que no comen bastante''. Harina y patatas son los más difícil de hallar, según le dijeron los trabajadores de la clase media; y han de ir al mercado negro hasta por la leche y el pan.

''Los muy pobres quedan al cuidado de los comedores de Falange. Hay madres a quienes les dan una lata de leche condensada para sus hijos . . . y se apresuran ''a venderla en el mercado negro donde les pagan diez veces su valor . . .''

''Cuando los niños pobres llegan a los dos años les agrupan en restaurantes comunales, dándoles dos comidas al día. Comen bien, pero, desgraciadamente, estos restaurantes son muy poco numerosos.''

''La cena, en muchos restaurantes, debe esperarse hasta las nueve, y resulta frecuente empezarla a las diez y media o las once. Después, como el gobierno de Franco trata de estorbar la vida nocturna de antaño, hay que irse a la cama con el estómago lleno, pues todo se cierra a la una y es una suerte —si se tiene dinero— haber terminado de cenar para las once y media de la noche . . .''

NOTAS DE DUELO

JOSE RIVAS PANEDAS

Ha muerto José Rivas Panedas, hermano de Humberto Rivas, con quien tenía tantos puntos de contacto. Los dos poetas auténticos. Los dos, siempre juntos, vivieron los días azarosos y resueltos de la revista ''Ultra,'' aquella indómita publicamadrileña, cuyas resonancias llegaron a los últimos cenáculos artísticos y literarios de Europa. Los dos escritores de temperamento luchador y revolucionario defendieron con la pluma, con la palabra y con la acción, la causa republicana española, que ha sido y es la causa de todos los hombres libres. José Rivas Panedas en el corazón de España. Humberto Rivas desde California, adonde le llevaron sus andanzas y su destino. Los dos se querían entrañablemente. Y los dos acababan de publicar un libro aquí en México. El de José Rivas Panedas se titula ''Poemas de España y de otros días''. El de Humberto Rivas ''La Sombra del Aguila''.

La muerte de José Rivas Panedas ha entristecido hondamente a todos los que fueron sus amigos y compañeros. Llegó a México en el último Nyasa, deshauciado por todos los médicos. En Madrid ocupaba un puesto de responsabilidad en la Alianza de Escritores. Fué condenado a muerte por los esbirros de Franco. Se pudo evitar la ejecución pero no que lo tuvieran incomunicado en las mazmorras de la cárcel de Yeserías, de donde salió con la parálisis que lo ha llevado a la tumba. Las torturas a que lo sometieron los verdugos franquistas fueron superiores a toda hipérbole.

Al dar el último adiós a José Rivas Panedas, damos a Humberto Rivas, su hermano de sangre y de espíritu, nuestro más profundo y sentido pésame. Y estamos seguros de que continuará compartiendo con nosotros la lucha que corresponde a los que todavía están de pie.

Los viajeros que antes de la guerra llegaban a Madrid por la carretera de Andalucía, se encontraban con aquel armatoste descomunal que en el Cerro de los Angeles, representando al Sagrado Corazón de Jesús, les daba la bienvenida. Durante la guerra el armatoste desapareció, sin que con ello padeciera en nada el gusto artístico. Ahora va a ser restaurado con la solemnidad que requiere tamaño suceso. Se pretende, además, hacer del armatoste un símbolo de la hispanidad. Toda la tragedia de España se compensa, pues, restaurando en su colina al Sagrado Corazón de Jesús que es, por lo visto, el único corazón que en España no sufre.

La Junta Española de Liberación a la opinión internacional

El último discurso parlamentario del señor Winston Churchill constituye un agravio y una injusticia para el pueblo español. Agravio, porque contiene una cínica adulación a su peor enemigo: Francisco Franco. Injusticia, porque trata de desconocerle el derecho a recobrar su libertad.

La Junta Española de Liberación, con la autoridad representativa de las organizaciones políticas que la integran y de las entidades y personalidades que le han expresado su adhesión, cumple el deber de dirigirse a la opinión pública internacional para hacer oír, en estas circunstancias, una voz española. Obligados a forzoso silencio nuestros compatriotas que sufren en España bajo la tiranía hitleriana del régimen franquista, corresponde a quienes, desde un pueblo libre, podemos hablar libremente, ejercer el derecho que nos asiste como españoles a opinar sobre la cuestión española, examinada por el Premier británico ante el Parlamento de su país en términos que constituyen una desenvuelta intromisión en nuestros asuntos propios, al mismo tiempo que ofrece una torpe versión de la presente realidad española.

Preferiríamos en estos momentos reiterar al señor Churchill el homenaje que siempre le tributó la opinión republicana española en cuantas ocasiones sirvió brillantemente a la causa de la Democracia, en vez de manifestar disconformidad y protesta ante el servicio que acaba de prestar a la causa contraria, simbolizada por el general Francisco Franco. Lo hacemos con dolor y amargura, pero no podía esperarse otra cosa de nuestra lealtad internacional ni de la fidelidad que debemos a nuestro pueblo ofendido.

Ninguna palabra, ningún pensamiento nuestro representará quebranto o desfallecimiento en la fervorosa adhesión que proclamamos a la causa de las Naciones Unidas. Antes bien, nos sentimos fortalecidos en esa actitud con la consideración de que dicha causa sigue siendo la nuestra y de que ningún pueblo como el español puede alegar tantos méritos para declararla suya. Reiteramos pues, nuestra solidaridad con los pueblos de los países en guerra contra Hitler y, especialmente en este caso, con el pueblo inglés, del cual esperamos una comprensión justa de nuestros problemas.

Ninguna razón de conveniencia internacional, ni aun la que se inspire en el más desenfadado "realismo político", explica a nuestros ojos la incomprensible adulación con que el gobernante de la gran democracia británica, en lucha contra Hitler, premia al traidor que ofreció su patria a Hitler para que ensayase en ella los feroces métodos de guerra empleados más tarde contra el pueblo inglés.

A través de las amplias versiones periodísticas del discurso pronunciado por el señor Churchill, se observa en sus palabras una deliberada confusión consistente en destacar méritos y servicios del pueblo español para justificar halagos al Quisling que lo tiraniza, olvidando que éste es la negación de aquél, e infiriendo a nuestro pueblo la ofensa de suponerlo identificado con el asesino de sus mejores hijos, con el usurpador de su libertad y de su poder.

El señor Churchill pasa revista a la ayuda española a la causa aliada, y reconoce la prestada por nuestro pueblo . . . para agradecérselo al gobierno que se opuso a ella. Cierto y valioso ha sido el auxilio del pueblo español a la causa de las Democracias; tanto que sus sacrificios por ella comenzaron aun antes de que Gran Bretaña sufriera la guerra en su propia carne, en los tiempos en que el mismo señor Churchill condenaba vigorosamente la política de apaciguamiento, a la que ahora parece convertido, e impugnaba sarcásticamente la farsa de la No Intervención, de la que da en su último discurso una nueva versión ajustada a las circunstancias.

Cierto es que el pueblo español estuvo dispuesto a impedir la agresión contra Inglaterra en su territorio nacional. Cuando Franco alentó las ambiciones nazis sobre Gibraltar, fueron voces republicanas —las mismas que suscriben esta declaración— las que levantaron ante el mundo su protesta contra la alevosa maniobra presentada en aquellos momentos por los voceros de Falange como el logro de una antigua y legítima reivindicación nacional. ¿Merece por ello recompensa y elogio Franco, inmovilizado hasta la impotencia por miedo al pueblo español tanto como por temor a la escuadra inglesa?

Cierto es que si Hitler, de acuerdo con su aliado Franco, se hubiese atrevido a invadir militarmente nuestra patria, hubiese tenido que hacer frente, como supone el señor Churchill, a "una enconada guerra de guerrillas". Pero esas guerrillas de patriotas no hubieran estado constituídas por los mercenarios falangistas que Franco enviaba oficialmente a luchar, a las órdenes de Hitler, contra la heroica Rusia soviética, aliada de Inglaterra, sino por los republicanos españoles que hubieran combatido con gran fervor contra Franco y contra Hitler, por la causa de Inglaterra y por la libertad de España. ¿Por qué, pues, adular a Franco, a cuenta de la oposición heroica que le manifiesta el pueblo español?

Cierta y valiosa ha sido la ayuda española a la causa aliada, y de ella son testimonio conmovedor las ochocientas tumbas españolas abandonadas en Narvik —y olvidadas por todos menos por nosotros—, las proezas de los batallones de republicanos españoles enrolados en la Legión Extranjera que se cubrieron de gloria en Bir-Hacheim, —silenciadas por todos, menos por nosotros— y el heroísmo de tantos voluntarios españoles que luchan en las filas de las Naciones Unidas —ignorados por todos, menos por nosotros—. Estos son españoles que siguen en otras tierras la guerra iniciada por el nazismo en España y que combatieron a Franco, aliado de Hitler, sin creer que un día su sacrificio podría servir para que al dictador español se le rindiesen homenajes desde la Cámara británica.

No citamos tales hechos por la vanidad de alegar méritos y servicios cuando, por los que corresponden al pueblo español, se trata de ensalzar a Franco. En el orgullo de haberlos prestado sirviendo un alto ideal —para nosotros la guerra no ha dejado de ser ideológica, es decir contra la barbarie nazi y por la democracia— encuentran los republicanos españoles su propia recompensa, como encontraron aliento y temple para luchar solos y casi inermes, durante cerca de tres años, contra Hitler, Mussolini y Franco, en el mismo abandono en que se dejó internacionalmente a España, con las únicas honrosas excepciones, que inspirarán eternamente nuestra gratitud, de México y la U.R.S.S. Mas no podemos dejar pasar en silencio el hecho monstruoso de que la actitud del pueblo español, sus servicios a la causa democrática internacional, a la que ofrendó antes que nadie su sangre, puedan servir ahora para exaltar la figura del siniestro pelele de Hitler. Esos servicios del pueblo español, que vislumbra en la historia de los aliados el júbilo de su propia liberación, constituyen la mayor condenación contra Franco. Tomar motivo de aquéllos para exaltar a éste, supone como decimos un agravio y una injusticia.

Ya es curioso que el señor Churchill que siente tantos escrúpulos en reconocer al Comité Francés de la Liberación Nacional como gobierno de Francia, por no estar seguro de que represente auténticamente a la nación francesa, trate no ya de reconocer al gobierno pelele de España sino de identificar al pueblo español con el gobierno faccioso y usurpador que lo esclaviza. ¿Acaso tuvo éste algún origen democrático? ¿Olvida el señor Churchill por qué procedimientos de insurrección, crimen y barbarie llegó Franco al Poder para arrebatárselo al régimen democráticamente elegido por la nación española? ¿Olvida la ayuda extranjera de Hitler y Mussolini, sin la cual no hubiera sido vencido el heroico pueblo español? ¿Olvida las manifestaciones oficiales de los dictadores europeos declarando suya la causa de Franco?

Tendríamos derecho los españoles a una reparación internacional que rectificase la gran injusticia, también internacional, que se cometió con España. Lícito sería que una vigorosa acción de solidaridad democrática de los pueblos cumpliese ahora el deber de desarraigar de nuestra patria el poder extranjero que en ella dejó implantar la pasividad suicida de los países poderosos que hoy sufren idéntica agresión y contra la cual, en nuestro caso, luchó solo el sublime heroísmo español. Mas, pese a nuestro derecho innegable y a la justicia internacional de nuestra causa, ninguna demanda hemos formulado, ningún auxilio hemos reclamado de las cancillerías. Mal se avendría el mendigarlas con la altivez de quienes supieron luchar los primeros y solos por la libertad de todos. Sabemos bien que el pleito interno de España debemos resolverlo los españoles y que a nosotros nos corresponde recobrar la libertad y la independencia de nuestra patria, que otros ayudaron a que nos fuesen arrebatadas.

Pero en la complejidad del mundo presente ningún problema nacional puede permanecer aislado. En los campos españoles, regados con sangre querida, fraguo Hitler, en complicidad con Franco, la guerra mundial que ha obligado al pueblo inglés a tantos sacrificios por la ceguera de sus gobernantes de entonces. Al pueblo inglés, debemos, pues, apelar hablándole con la lealtad de nuestro ejemplo, con la solidaridad de nuestro sacrificio común, para que comprenda nuestra causa. Ante él y ante los pueblos de los países democráticos denunciamos la maniobra internacional que se trama para dejar subsistentes en Europa focos de tiranía y fascismo como el que representaría Franco en España. Denunciamos como agente de esa maniobra a sir Samuel Hoare, embajador inglés en Madrid, cómplice y colaborador de Pierre Laval en la política europea que condujo a la presente conflagración. Denunciamos ante las democracias a quienes, escamoteando la Carta del Atlántico, pretenden hacer estéril el sacrificio de los pueblos al disponerse a privarlos de sus esperanzas de liberación. Todo lo hemos perdido los republicanos españoles menos el derecho y la voluntad de hablar claro. Con absoluta claridad, despreciando convencionalismos y habilidades que pugnan con la crudeza del drama presente, hablamos a los pueblos. También se nos permitirá que conservemos el derecho a la amargura cuando vemos cómo se añade ahora a la ignominia internacional cometida con la República española el escarnio de exaltar a quien, bajo las órdenes de Hitler, la derribó . . .

Nuestro anhelo de cooperación internacional nos había hecho concebir la esperanza que una generosa e inteligente acción de solidaridad democrática de los pueblos podría facilitar en nuestra patria el tránsito pacífico de la postiza tiranía hitleriana, que la tiene sometida, al ejercicio normal de la auténtica democracia española. Esa acción era obligada en muchos por remordimiento, y en casi todos por justa reparación al daño que internacionalmente se infirió al pueblo español. La guerra empezó en España y sólo cuando España recobre su libertad y su independencia podrá decirse que ha terminado. Solo o con el aliento espiritual de los pueblos hermanos, el español procederá por sus propios medios a destruir la tiranía implantada en su territorio mediante el apoyo material de Hitler y sostenida ahora merced al apoyo moral que inesperadamente se le dispensa. Nadie podrá reclamarle al pueblo español por los medios que emplee para libertarse, cualesquiera que sean las consecuencias internacionales de su acción, cerrados como tiene los del ejercicio democrático para imponer su voluntad, y si, además, se ve privado de alientos morales que pudieran fortalecerlo en la dura lucha que le aguarda. No le han de faltar, sin duda, los del pueblo inglés, que en su sacrificio actual ante el mismo enemigo contra el cual luchó España, sabrá apreciar la razón y la grandeza del pueblo español y la pequeñez y miseria de su tirano. De los republicanos españoles, del pueblo español no puede esperarse conformidad para indecentes contubernios como el impuesto en Italia ni pasividad ante la supervivencia fascista. Las cárceles de España están llenas de sus mejores hijos. En los campos de concentración de Francia, bajo la feroz vigilancia de la Gestapo, sufren miles de combatientes republicanos españoles. Cada día resuena en nuestra patria el siniestro crepitar de fusilamientos. Tras cinco años de tiranía y absolutismo, todavía el crimen es arma de gobierno de Franco. Cada disparo de los falangistas para asesinar a un republicano en España suena en nuestro corazón como un disparo hecho contra la patria misma. Cada lamento que sale de una cárcel española, lo oímos como un lamento que exhalara nuestra propia madre. El mundo, en su tragedia, puede permanecer indiferente ante la nuestra, que fué su iniciación. Nosotros, no. Por eso cumplimos el deber de hablar claro en esta hora y de disponernos a la acción.

Ningún desaliento está permitido a los españoles. Ninguna decepción, ningún desengaño podrá quebrar su temple para el combate contra Franco y Hitler, asociado fervorosamente como está nuestro pueblo a la causa de las Democracias. Nada desviará su conducta ni podrá contrariar su ardiente resolución de reconquistar su libertad y la independencia nacional. La desventura ha sido siempre acicate y estímulo para pueblos fuertes como el español. La lucha que empezó en nuestra patria en Julio de 1936 no ha terminado. Nada ni nadie hará detener a nuestro pueblo en el áspero y trágico camino hacia la Victoria.

México, D.F., 26 de mayo de 1944.

Por la Junta Española de Liberación: DIEGO MARTINEZ BARRIO, presidente.—ANTONIO M. SBERT, CARLOS ESPLA, ALEJANDRO OTERO, FELIX GORDON ORDAS, JOSE MASCORT, vocales. — INDALECIO PRIETO, secretario.